

Mr. Renon renunció los destinos que desempeñaba interinamente Campos, á quien le fueron concedidos en propiedad; de manera que, como una compensación de todos sus sacrificios, como una recompensa de sus nobles sentimientos, como un premio de sus reiterados esfuerzos, vino á ser el inteligente y digno sucesor de Frutos, de Beraza y de Renon. Tan legítimos triunfos que no envanecieron al que los obtenía, fueron reproduciéndose, pues en 1836 el protomedicato de Yucatán revalidó el título concedido en 1834, que con esto adquirió todas las condiciones legales que podía exigir la escrupulosidad más exagerada. En 1840 el Sr. Campos fué nombrado cirujano del batallón núm. 16 de milicia local y de la brigada de artillería permanente; en 1846 por decreto del A. Congreso, del 15 de Octubre, director principal de la propagación y conservación de la vacuna en toda la Península. El día 14 de Mayo de 1855 la respetable Universidad de Yucatán lo incorporó á su seno, nombrándole doctor en Medicina y Cirujía, habiendo recibido la borla en esta ciudad, con las solemnidades acostumbradas en aquellos tiempos en que con las

ceremonias religiosas se pretendía santificar todos los acontecimientos de la vida, con lo cual quedó coronada, feliz y gloriosamente la carrera emprendida en 1826. Estos nombramientos, si bien implicaban un honor muy merecido, imponían á la vez penosas obligaciones, que se esforzaba en cumplir quien tantas pruebas había dado de que, en todas circunstancias, la conciencia y el cumplimiento del deber serían los principales timbres de su gloria. Campos lejos de descansar como podría hacerlo el que al parecer lo había alcanzado todo, fiel á la máxima de Solón: *procura instruirte toda tu vida*, caminaba siempre con entusiasmo creciente por el camino de la ciencia, que no tiene fin. El que había dado en él pasos tan adelantados, no era posible que se detuviese á contemplar sus laureles, porque esta pueril vanidad que caracteriza á las almas vulgares, es incompatible con los sentimientos que animan á los inspirados apóstoles del saber humano.

#### IV.

D. Manuel Campos siempre comprendió que el ejercicio de su profesión era un ver-

dadero sacerdocio. Educado en el hospital, había conocido y estudiado todos los dolores físicos y morales, todas las debilidades y todas las miserias de la humanidad. Si en sus conocimientos se encontraba frecuentemente un remedio, en su corazón nunca faltaba un consuelo. Los quejidos desgarradores y las lágrimas eran el único é imponente concierto que había escuchado durante su existencia. Estaba familiarizado con el padecimiento, y nunca negó la fraternidad al que sufría. El hospital es la mejor y la indispensable escuela del médico y del cirujano. El Dr. Campos nunca tuvo otra, y era un médico insigne y un cirujano admirable. Su pronóstico era una sentencia infalible, hasta donde pueden serlo las del hombre. Introdujo aquí grandes reformas en la cirugía, y podría llamársele con verdad y justicia, el cirujano campechano. Nunca se puso en duda su habilidad y su pericia para operar, y transmitía al paciente la confianza de que estaba poseído en esos momentos. La naturaleza siempre previsora para realizar sus altos designios, había dotado al Sr. Campos de condiciones físicas muy favorables, y sobre todo, su

mano fué creada para ejercer la cirugía. Para él no había dificultades invencibles; y al pie del enfermo, y con el bisturí en la mano, pedía su inspiración á la ciencia y operaba, ya siguiendo las reglas establecidas, ya practicando las suyas, ó modificando aquellas, según las exigencias del caso. No vacilaba jamás, porque la vacilación podrá ser el resultado de la prudencia, pero no la cualidad del genio. Así es que en cierta ocasión, cuando un acreditado doctor francés, que gozaba en esta capital de merecida reputación, dudó de sí mismo y se negó á hacer una operación difícil, el Dr. Campos la ejecutó con sorprendente resultado; y hasta hoy la persona operada vive, gozando de completa salud y bendiciendo el nombre del cirujano atrevido que le conservó la existencia, buscándola más allá de lo que el arte permitía.

No sería fácil, ni propio del carácter modesto de esta biografía, señalar una por una las innumerables operaciones ejecutadas por el Dr. Campos con un éxito brillante; baste decir que muchos á quienes las cataratas habían privado de la vista, condenándolos á arrastrar una vida desgraciada y

miserable, la recobraron felizmente, porque aquel, en nombre de la ciencia, pronunciaba el *fiat lux*, y la luz era hecha para aquellos desventurados que volvían al mundo, en el cual no se está realmente sino cuando se pueden contemplar sus bellezas: muchos que por una fatalidad incomprensible, tenían que morir antes de nacer, debieron su existencia, más que á las facultades generadoras del padre y á la acción regular de la naturaleza, á la habilidad del cirujano Campos, que era una verdadera notabilidad en obstetricia, cuyas operaciones ejecutaba siempre con gran confianza, con maestría y hasta con satisfacción, porque la lucha que entonces entablaba parecía gloriosa y creadora: muchos, que padeciendo de fístulas rebeldes no tenían más esperanza que el martirio y la muerte, recobraron la salud por el Dr. Campos, que en todos los casos de esta clase que se le presentaban era positivamente acertado y feliz; muchos, en fin, víctimas de una enfermedad que no conocían, se salvaron, porque el Dr. Campos, que era admirable en el diagnóstico de los tumores profundos, esa parte misteriosa y difícil de la cirugía, adivinaba el mal

sin que el paciente lo explicara, determinaba el lugar sin que ningún indicio lo señalase, aplicaba el bisturí, y con sorpresa de todos los que lo veían, sacaba de donde nadie podía sospecharlo, la causa asquerosa del padecimiento.

Estos hechos públicos y notorios son el testimonio más elocuente de lo que valía el hombre cuya pérdida deplorará constantemente el país. Sus servicios los prestaba indistintamente al rico y al pobre. Creía, como Pitágoras, que *los más hermosos presentes que el cielo ha hecho á los hombres son el poder ser útiles á sus semejantes y el enseñarles la verdad*. No vendía sus conocimientos, no explotaba el dolor, no tasaba las lágrimas. Misionero de amor y de caridad, cumplía generosamente sus deberes. La avaricia, esa pasión dominadora que excluye los nobles sentimientos, que humilla al hombre y desnaturaliza al médico, no manchó su corazón.

Con frecuencia sucedía que en las altas horas de la noche, cuando el Dr. Campos descansaba de las penosas fatigas del día en el seno de una familia respetable y cariñosa, los golpes dados á la puerta turba-

ban el silencio de aquel venturoso hogar. Era alguno que violento y afligido exigía los servicios del médico: quizá un padre, un esposo, un hermano que estaba en esos angustiados momentos en que se teme perder una persona querida. El Dr. Campos interrumpía su sueño sin exasperarse por aquella molestia que no era extraña para él. No preguntaba la hora, no consultaba si el tiempo era bueno ó malo, no examinaba quién lo llamaba y si tenía recursos para recompensarlo. El dolor llamaba, y el oído del médico nunca debe ser sordo á esa elocuente voz; por eso salía conforme, persuadido de que así cumplía su ministerio sobre la tierra. Muchas veces llegaba, no á las lujosas habitaciones de las personas acomodadas, no á las modestas casas de los que viven medianamente, sino á la humilde choza del pobre, al triste albergue de la miseria; entonces olvidaba las molestias, felicitándose de que se las hubiesen inferido, y se regocijaba su caritativo corazón ante la idea de poder ser útil al desvalido. El Dr. Campos impartía á éste con el mayor interés, todos los recursos de su facultad, permaneciendo á su

lado el tiempo necesario: proporcionaba dinero para la compra de las medicinas, para el alimento del enfermo y de su familia, y en ciertas ocasiones, no muy extraordinarias, disponía que de su misma casa se remitiese lo necesario para facilitar la curación del paciente y tenerlo con alguna comodidad durante sus dolencias.

Quien al talento, al estudio y á la habilidad tiene la suerte de unir esa clase de sentimientos que revelan que, en efecto, puede haber en el hombre algo de la Divinidad, es un sér cuya existencia se presta á muchas consideraciones, y debe ser ejemplo para que quienes pretendan tener sus conocimientos, procuren imitar sus virtudes, sin las cuales la medicina sería completamente ilusoria para la humanidad.

El tipo evangélico del sacerdote cristiano debe haberse modelado por el tipo humanitario del buen médico. Este, como aquel, no por la inquisición de la conciencia, sino por la necesidad de ejercer con acierto su profesión, está al tanto de los secretos más íntimos, de las dolencias más vergonzosas; y cualquiera indiscreción que violase el sigilo de la ciencia, podría comprometer el ho-

nor y la felicidad de una familia. El que no se encuentre digno de comprender y practicar estos deberes no debe profanar un ministerio tan sagrado. D. Manuel Campos se encontraba, y lo desempeñó toda su vida derramando beneficios y consuelos, y redimiendo al hombre de todos sus dolores, por medio de la ciencia y de la moral.

V.

Hay otro punto de vista muy importante desde el cual debe juzgarse al Dr. Campos: el de maestro. Hace algunos años únicamente en Mérida, capital antes de toda la península de Yucatán, se enseñaba la Medicina; y en consecuencia, los jóvenes de esta ciudad que tenían vocación por aquella, ó se veían en la precisión de establecerse en dicha capital para hacer sus estudios, ó tenían que prescindir de sus inclinaciones, si sus recursos no les permitían hacer los gastos indispensables para seguirlas. No podía ser más triste esta condición, que impedía qui-

zäs el desarrollo de facultades naturales muy favorables, esterilizando las esperanzas que inspiraban para el progreso de la ciencia. El Dr. Campos, queriendo remover estas dificultades y recordando todas las que se le opusieron en sus primeros años para realizar sus deseos, accedió á la pretensión de algunas personas interesadas, y abrió un curso de Medicina, fundando con este hecho su escuela, que posteriormente adquirió merecido renombre. El que no era avaro de los bienes materiales, no podía serlo de sus conocimientos y se propuso difundirlos sin consultar sus propios intereses, sin que el egoísmo debilitara su resolución, y haciendo un servicio de la mayor trascendencia á la juventud estudiosa. Los primeros discípulos que tuvo, fueron los Sres. D. Juan Pérez Espínola, D. Juan José León y D. Miguel Lavalle que, cuando concluyeron sus estudios teóricos y prácticos, salieron para Mérida, en donde, no obstante la circunstancia de haber adquirido sus conocimientos en una cátedra que no estaba incorporada á la Universidad, obtuvieron el título de Licenciado en la profesión, después de haber sustentado exámenes brillantes que, revelando una espe-

ranza para el porvenir de la medicina nacional significaban también honor y gloria para su ilustre propagador.

El éxito obtenido en este ensayo animó justamente al Dr. Campos á desarrollar su pensamiento, planteando definitivamente una escuela de Medicina con todas las formalidades legales que en aquella época eran indispensables. Asociado al Dr. D. Domingo Duret, que con verdadero desinterés ha prestado tan buenos servicios á la juventud como al país en general, solicitó del Gobierno de Yucatán en el año de 1849, la autorización respectiva para llevar á cabo su propósito; y obtenida que fué, inició su segundo curso, que dió todo, sin la colaboración de su socio, habiéndolo iniciado y concluido con notable aprovechamiento los señores D. Eduardo Heredia, D. José del Rosario Hernández y D. Lisandro Dorantes. El tercer curso lo dió en compañía del Sr. Dr. Duret, y lo formaron los Sres. D. Joaquín Blengio, D. Agustín León, D. Juan de Dios Bugía, D. Francisco Correa, D. Juan B. Aguirre, D. Pedro Ramos Quintana y D. Federico Baranda. A algunos de éstos la muerte los sorprendió en la alborada de la vida, defrau-

dando esperanzas más ó menos fundadas, é hiriendo profundamente corazones que aun se conmueven al recuerdo de esas sensibles pérdidas; otros se dejaron influir por la desconfianza, y la necesidad de atender á exigencias más imperiosas, los obligó á abandonar la profesión tan felizmente iniciada y á consagrarse á otros trabajos más inmediatamente productivos, pero que robaban á la ciencia inteligentes cultivadores; y otros, en fin, más felices, han concluido su carrera y la ejercen, siendo algunos por su reconocido talento é instrucción, justo motivo de satisfacción y orgullo para el Estado. En 10 de Octubre de 1855 el Dr. Campos abrió su cuarto curso, haciendo un supremo esfuerzo para vencer el cansancio que lo abrumaba como resultado natural de sus constantes tareas, y lo iniciaron los señores D. José Trinidad Ferrer, D. Tomás Pérez y D. Hilario Majarrez. Sólo el primero tuvo la constancia necesaria para terminarlo, y puede decirse que este último discípulo de la escuela de Medicina del Dr. Campos, es uno de los que más enaltecen su memoria. Ni la lisonja, que no es compatible con mi carácter, ni los sentimientos

inalterables de un antiguo y fraternal cariño, me inducen á decirlo, sino la justicia que debe inspirar siempre todas las opiniones, y la verdad, á la cual no se debe faltar nunca por ningún motivo. El alumno inteligente, cuya aplicación no han debilitado ni aun las imperiosas distracciones de la juventud, á la sombra del Dr. Campos y á ejemplo de éste, levantándose por sus propios esfuerzos, ha llegado á ser uno de los médicos más acreditados, y para honra suya, se espera todavía más de sus felices y cultivadas disposiciones naturales.

El Dr. Campos no sólo daba lecciones, sino que tenía el mayor empeño en que se aprovecharan. Era entusiasta por su profesión y sentía un verdadero placer en enseñarla. Como su buena voluntad no era proporcionada á su fortuna, gradualmente fué haciendo el sacrificio de emplear parte de ésta en adquirir objetos anatómicos, planchas, instrumentos y libros; así es que, con el trascurso del tiempo, consiguió reunir todos los elementos necesarios para el aprendizaje de una ciencia que día á día conquista nuevos adelantos. No eran fijas las horas de lección, ni se reducía á incom-

pletas explicaciones sobre el texto; el maestro, extendiéndose en consideraciones, consultando la opinión de los grandes sabios y aplicándola con indicaciones prácticas, procuraba inculcar al discípulo los principios, resolviendo las dudas que pudieran presentársele.

En 1859, cuando la evolución social removiéndolo todo, levantaba sobre las ruinas del pasado los edificios del porvenir, fué creado el *Instituto Campechano*, establecimiento de segunda y alta enseñanza, que ofrecía un orden de estudios tan completo como era posible, en reemplazo del que se observaba en el antiguo Colegio Clerical de San Miguel de Estrada. Al derecho canónico substituyó el derecho constitucional; á la teología, la física y la química; á la metafísica, la medicina. Para llevar á efecto el nuevo plan de estudios, era necesario el concurso de los hombres ilustrados y progresistas, entre cuyo número ocupaba un lugar muy distinguido el Dr. Campos, por lo cual fué nombrado catedrático de medicina del Instituto. No era posible dudar de su buena disposición de aceptar y servir este encargo; pero se lo impidieron el can-

sancio, los achaques consiguientes á su vida laboriosa y las enfermedades que empezaban á abrumarlo. Muy sensible fué para todos esta contrariedad. Sin embargo, el Sr. Campos, para no dejar de servir, aceptó el nombramiento de Presidente de la Junta Facultativa de Medicina del Estado de Campeche, que desempeñó hasta su muerte, habiendo sido anteriormente, por muchos años, vocal de la misma Junta y Presidente de la de Farmacia, nombrado por la Universidad de Yucatán, antes de la división de la Península en dos Estados libres y soberanos. Los jóvenes que cursaban las cátedras del Instituto, no recibían más que los conocimientos teóricos, y como para hacer los prácticos no había más lugar que el hospital del cual siempre fué médico el Dr. Campos, éste contribuía también á darles explicaciones y á completar su educación científica.

De aquí proviene que todos se cuentan en el número de sus discípulos, pudiendo asegurarse que, con muy marcadas excepciones, los médicos del Estado lo han considerado como maestro, guardándole el respeto y afecto que justamente merecía.

En 1873, cuando la importante vida del

Dr. Campos estaba amagada ya del terrible y penoso mal que al fin acabó con ella, se presentó en el "Instituto Campechano" una dificultad respecto á la cátedra de medicina. Había dos alumnos, los jóvenes D. Tomás Aznar Cano y D. Joaquín Carbajal, que pretendían cursarla después de haber hecho sus estudios preparatorios. El deber del Gobierno del Estado era abrir la cátedra, según el Reglamento del Instituto; pero tropezaba con el inconveniente de la falta de recursos, porque era muy triste la situación que entonces guardaban tanto las rentas públicas, como las particulares del establecimiento; y en esta situación, el Dr. Joaquín Blengio, Rector del mismo, recordando las constantes y buenas disposiciones del Dr. Campos, á quien conocía íntimamente, porque era uno de los discípulos más queridos de aquel sabio médico ocurrió á él, y como se esperaba de su generosidad y patriotismo, ofreció dar la cátedra sin retribución alguna, como habíad ado todas las anteriores. Su oferta la cumplió como acostumbraba hacerlo. Se dedicó á la enseñanza con la misma asiduidad y empeño con que lo había hecho en los felices años de su juventud.

La práctica que había adquirido perfeccionaba sus lecciones; y su consagración llegó á ser tan completa, que alarmó al Dr. Blengio, por justo temor de que perjudicase su salud gravemente alterada. Ninguna consideración enervó aquella voluntad inquebrantable para ejercer el bien. Se sobreponía á las dolencias. El Dr. Campos no desfalleció hasta concluir el primer año de su noble ministerio. Son públicos los tiernos sentimientos que abrigaba por sus discípulos, á quienes profesaba un cariño verdaderamente paternal. Se interesaba por la suerte de éstos más que por la suya. Se olvidaba de sí propio para recomendarlos, elogiarlos y enaltecerlos, teniendo en esto una vanidad que lo elevaba. Al terminar el examen de sus últimos alumnos, el Dr. Campos se ha enternecido profundamente al extremo de derramar lágrimas. Después de señalar este hecho, ¡qué más pudiera yo decir de la sensibilidad de aquel corazón que, educado en el dolor, era inagotable para la compasión, la ternura, el entusiasmo y todos los grandes sentimientos humanos! Esas lágrimas fueron una aureola, cuyos resplandores no ha podido apagar la muerte, por-

que irradian sobre la tumba del Dr. Campos, y hasta el tiempo será impotente para extinguirlas. Sobre esa tumba, verdadero altar de la ciencia, de la filantropía y de la abnegación, debe colocarse no solo la corona conquistada por los propios servicios del hombre respetable á quien encierra, sino también la que se forme de los laureles conquistados por todos aquellos á quienes enseñó; porque esos laureles también son suyos, porque le pertenecen, y deben ofrecérsele humedecidos con las lágrimas de la gratitud, que valen más que todos los bálsamos, óleos y perfumes de la tierra. Así nada más pueden recompensarse sus afanes; así nada más puede corresponderse su amor; así nada más pueden cumplirse sus últimos deseos, manifestados de un modo claro y expresivo, de que, después de su muerte, lo acompañasen al sepulcro todos, ó el número posible de sus discípulos. Aspiraba al cariño póstumo; quería el amor de ultra-tumba. Para morir tranquilo, acariciaba la esperanza de la fidelidad á su recuerdo. ¿Habrán quien niege al cadáver los deseos del moribundo? ¿La voz conmovedora del maestro agonizante, será indiferente al corazón del discípulo digno, aprovecha-

do y feliz? No es posible. La humanidad, á pesar de sus errores y de sus vicios, suele mostrarse digna de su Criador.

## VI

Es muy fácil observar en el hombre una marcada predilección y un singular cariño hacia los lugares en que se han verificado los acontecimientos más notables de su vida. Parece que la memoria, conociendo su fragilidad, busca el auxilio de la materia. La perpetuidad del recuerdo no se consigue confiándolo únicamente á una facultad moral, es necesario hacerlo accesible á los sentidos. La casa en que se ha nacido, el lugar en que se han visto correr los felices años de la infancia, ó las doradas ilusiones de la juventud, el sitio en que han muerto nuestros padres, aquel en que el amor, la religión y la sociedad tienden ese lazo indisoluble que hace uno solo de dos seres; hasta el árbol, á cuya benéfica sombra se ha descansado de una larga peregrinación, ó se

han pasado algunas horas dichosas, están identificados con la historia del hombre y ejercen una gran influencia sobre su corazón. Por esta inclinación natural se explica y comprende el sentimiento de la patria.

Como se ha visto, el Dr. Campos pasó sus primeros años en el hospital de San Juan de Dios. Allí inició y concluyó dignamente su carrera; allí había aprendido y enseñado; allí templó su corazón al fuego del padecimiento y del dolor; allí fueron á sorprenderle sus primeras impresiones de amor; allí pensó en la familia, en la patria, en la humanidad, en la gloria; y necesariamente abrigaba por aquel lugar sentimientos de adhesión, de simpatía y gratitud. El hospital estaba identificado con su vida, y no se explicaba ésta sin aquel. Fué siempre el médico del establecimiento, cuyo empleo desempeñaba por satisfacción y no por un sueldo que constantemente fué tan mezquino, que no puede considerarse ni como mediana compensación de los importantes servicios que prestaba. Cuando después del año de 1833 se volvió á desarrollar en esta capital la epidemia del cólera, ú otras no ménos penosas, el Dr. Cam-